



## **El secreto de secretos**

**Por Carlos Escudé  
Najmán ben Abraham Avinu**

Hay Revelaciones entrelazadas. La primera e indisputable para la ortodoxia judía y cristiana es la Torá, ese documento increado y anterior al cosmos mismo (por lo menos según afirman mi maestro Najmánides, la Midrash Tanhuma 1 y el Talmud Yerushalmí en Shekalim 25b y Suta 37a).\*

Pero no es ésta la única manifestación de Dios entre los hombres. A veces la Palabra se proyecta más allá del Libro y se inscribe, encriptada, en nuestro devenir, reverberando de maneras diversas en nuestras vidas y en la biografía de nuestra especie.

Un cuidadoso examen de lo creado permite percibir algunos ecos de la Torá en la vida cotidiana, y con esos reflejos, descubrir una suerte de Revelación complementaria que se entrelaza con el Libro. En este ensayo intentaremos mostrar que entre Torá e historia humana existe un asombroso vínculo especular, puesto a veces de manifiesto en paradojas inescrutables.

Como se verá hacia el final de nuestro recorrido, los enigmas del Pentateuco se reflejan permanentemente en la vida política de Israel y el Occidente contemporáneo.

### **Los elegidos y el misterio**

Desde tiempos inmemoriales, las tradiciones judía y cristiana han albergado o creído albergar enseñanzas secretas. Por cierto, el Cantar de los Cantares nos deleita con su erotismo: "Tus labios destilan miel, novia mía; miel y leche escondes bajo tu lengua, y la fragancia de tus vestidos es como el aroma del Líbano" (4:11). Pero el sabio talmúdico prontamente nos recuerda que los almíbares que se ocultan bajo la lengua y los apetitosos olores que emanan de un vestido no son para el despliegue público. De allí que Rabí Abohu enseñara que de este pasaje se desprende que los secretos del mundo han de esconderse bajo las ropas (Hag. 13a).

Son muchos los señalamientos similares. La Mishná advierte que la cuestión de la Merkavá o Carroza Divina, tratada por el profeta Ezequiel, sólo debe profundizarse con un hombre sabio, dueño de avezado discernimiento propio. También advierte severamente: "A todo el que se entrometiese en estas cuatro cosas, lo que está arriba y lo que está abajo, lo que está antes y lo que está después, más le valiere no haber llegado a este mundo." (Hag. 11 b).

---

\* Najmánides sostiene esta idea en su comentario sobre el Génesis. Véase Nina Caputo *Nahmanides in Medieval Catalonia: History, Community, and Messianism*, Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2008, p. 71 y 213.

Es por eso que Rabí Acha bar Jacob admoniza en la Guemará: "Instrúyete en lo que te está permitido. Las cosas secretas no son de tu incumbencia" (Hag. 13 a). Y Rabí Ami fue contundente al decir que los secretos de la Ley sólo deben impartirse a quien reúna cinco requisitos: capitán de cincuenta, hombre de influencia, consejero, sabio entre artífices y susurrador instruido (Hag 13 a). Según las anotaciones a la traducción al inglés del Tratado Jaguigá del Talmud Babilónico (Cambridge 1891), "capitán de cincuenta" era un hombre de esa edad legalmente habilitado para hablar en público, "consejero" era quien supiera calcular cuándo caería Pesaj en diversos años, "artífice" era un hombre de gran elocuencia y "susurrador instruido" era quien musitaba secretos profundos al oído.<sup>1</sup>

La prohibición, por lo tanto, no es absoluta: a algunos hombres les está permitido penetrar en algunos secretos. No sólo eso, sino que hay reglas que los elegidos deben respetar. Tanto el Talmud (Hag. 13 a) como Maimónides (*Moreh Nev. iii 5*) advierten que en lo que concierne a la Carroza Divina, pueden enseñarse las cabeceras de capítulos, o sea el temario, pero no su contenido, que el hombre sabio sabrá comprender por su cuenta. Son cosas que no se deben discutir.\*

Por otra parte, en esta materia los discípulos de Jesús de Nazaret no se quedaron atrás. En sus Evangelios, Marcos y Mateo dijeron explícitamente que aquél impartía enseñanzas secretas a sus predilectos. Marcos, por ejemplo, rememoró:

*4:10 Cuando se quedó solo, los que estaban alrededor de él junto a los Doce le preguntaban por el sentido de las parábolas. 4:11 Y Jesús les decía: 'A vosotros se os ha confiado el misterio del Reino de Dios; en cambio, para los de afuera, todo es parábola, 4:12 a fin de que miren y no vean, oigan y no entiendan, no sea que se conviertan y alcancen el perdón'.*

Mateo repitió casi las mismas palabras en 13:10-14, agregando una referencia a las Escrituras compartidas por judíos y cristianos: "En ellos se cumple la profecía de Isaías: 'Oír, oiréis, pero no entenderéis; mirar, miraréis, pero no veréis.'" Y en su Segunda Epístola a los Corintios el apóstol Pablo fue más allá, afirmando que algunos hombres tienen acceso a cuestiones divinas que no pueden transmitirse y sugiriendo incluso que él es uno de ellos:

*12:2 Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. 12:3 Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), 12:4 que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar. 12:5 De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades. 12:6 Sin embargo, si quisiera gloriarme, no sería*

---

\* Esta interpretación no está libre de controversia. Martin Buber, por ejemplo, no sólo se pronuncia en contra de la idea de que en el judaísmo puedan esconderse secretos reservados a espíritus elegidos, sino que considera que esta concepción es anti-religiosa. Su interpretación de Deut. 29:29 es casi opuesta al testimonio talmúdico que aquí citamos, que a su vez está refrendado por una autoridad tan alta como Maimónides. En este sentido, el judaísmo de Buber me parece heterodoxo. Este hecho está evidenciado en su acápite "Contra la gnosis y la magia", donde expresa las opiniones citadas a la vez que se expresa ambiguamente sobre el "engorroso Talmud" del "judaísmo tardío". Véase "La fe del judaísmo", en M. Buber, *Imágenes sobre el Bien y el Mal*, Buenos Aires: Lilmod 2006, p. 21-24.

*insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí.\**

Estos ejemplos provenientes del Nuevo Testamento canónico se multiplican cuando consideramos también los textos apócrifos, ya que todo gnosticismo cristiano y judío partió de la premisa de conocimientos secretos reservados a espíritus sublimes.

En el judaísmo el imperativo de limitar los secretos sagrados a unos pocos iniciados se proyectó con vigor desde el Talmud al Medioevo.<sup>2</sup> La *Guía de Perplejos (Moreh Nevuchim)*, una de las obras cumbre de Maimónides, lo ilustra ampliamente.<sup>3</sup> Cuando el gran halajista se lanzó a explicar los secretos de la Torá para evitar que éstos se perdieran, sepultados por las persecuciones, debió enfrentar el llamado de su conciencia, que le recordaba que lo que se proponía hacer estaba prohibido.

Según el filósofo germano-norteamericano Leo Strauss (padre espiritual adoptivo de una escuela actual de política internacional), el andaluz enfrentó allí una dura opción. Debía cumplir con el mandato talmúdico de mantener el secreto, en cuyo caso arriesgaba la pérdida definitiva de ese acerbo sagrado, o violar el mandato, lo que quizá fuera un mal menor en vistas de dicho riesgo.<sup>4</sup> Pero Maimónides eligió un curso intermedio: escribió una *Guía* que es en sí misma un enigma que sólo puede ser descifrado por un susurrador instruido como Strauss.

Éste nos advierte que antes de siquiera abrir esa esotérica obra, hay que saber que Maimónides entendía que la Torá es obra de un solo Autor, y que éste no era tanto Moisés como el mismo Adonai. Profundo conocedor del Texto Sagrado, el sabio medieval estaba tan consciente de sus contradicciones, inconsistencias y defectos como los actuales críticos científicos de la Biblia. Pero en vez de suponer que esos problemas derivan de que ésta fue redactada por diferentes personas en momentos diversos, dedujo que provienen de la intención divina de desorientar al lector. De tal modo, quien no cumpliera con los requisitos necesarios para recibir Su Palabra, no la entendería.<sup>†</sup>

---

\* Estas palabras se potencian cuando recapacitamos en otras expresiones de Pablo, como "*hablemos de sabiduría entre los perfectos*" (1 Cor. 6). No obstante, el suyo es un caso muy controversial, ya que la opinión católica, influida por heresiólogos como Ireneo, Tertuliano, Clemente, Orígenes e Hipólito, lo considera el más anti-gnóstico de los apóstoles, al contrario de los gnósticos valentinianos (perseguidos por la Iglesia entre 326 y 800 e.c.) que se consideraban sus discípulos. Los hallazgos de Nag Hammadi en 1945 permitieron conocer las mismas exégesis valentinianas de Pablo criticadas por los heresiólogos, y a través de ellas comprender los fundamentos de la opinión que haría del apóstol de los gentiles el más grande de los gnósticos. Parte de la discrepancia se explica por el hecho de que el canon paulino de los valentinianos era más estricto que el católico, rechazando como inauténticas las epístolas pastorales (1 y 2 Timoteo, y Tito), que son canónicas para la Iglesia (véase Elaine Pagels, *The Gnostic Paul: Gnostic Exegesis of the Pauline Letters*, Harrisburg, PA: Trinity Press International, 1975). Por otra parte, lo que más llama la atención en Pablo es su lenguaje gnóstico, y el paralelo entre algunos de esos conceptos proto-gnósticos y los del judaísmo rabínico posterior al propio Pablo. El uso paulino de vocablos como "psíquico" (literal) y "neumático" (simbólico), para referirse a lecturas de la Escritura de diferentes niveles de profundidad, es equivalente a "Peshat" y "Sod" en Najmánides, correspondientes al significado literal del Texto y a su significado secreto (Caputo, *op.cit.*, p. 53-89). Por otra parte, los discípulos valentinianos de Pablo acudieron a un concepto de Revelación muy similar al de la Torá Oral judía. Como en el caso de Adonai frente a Moisés, Pablo habría comunicado sus enseñanzas neumáticas a su discípulo Teudas, y éste a su vez a Valentín, quien lo transmitió a sus iniciados, los "perfectos" a quienes alude el propio Pablo (Pagels, *op.cit.* p. 5).

† Buber considera que lo que salvó al judaísmo de un gnosticismo similar al de Marción es "el haber experimentado la contradicción como teofanía" (*op.cit.* p. 26).

Por cierto, para el halajista cordobés las aparentes imperfecciones del Pentateuco eran manifestaciones de su sublime perfección. Maimónides necesitaba preservar el secreto en dos sentidos: impidiendo que se perdiera y evitando su profanación. Y para eso escribió un libro que explica “la verdadera ciencia de la Ley”, acudiendo a tantas contradicciones, reiteraciones y discontinuidades como la Biblia misma. Intencionalmente, sumió a todo autor que no tuviera los quilates de Strauss en una confusión total. De ese modo cumplió, en parte al menos, con la prohibición talmúdica.

Strauss señala que, al proceder de esta manera, Maimónides estaba haciendo lo mismo que antes hicieran los sabios talmúdicos. La Ley Oral había sido patrimonio de una casta de sacerdotes y otros hombres especiales, desde que fuera transmitida por Adonai en el Monte Sinaí hasta que comenzó a asentarse por escrito en la Mishná, hacia el año 200 e.c. Esos hombres también violaron parcialmente la consigna del secreto, angustiados por la profunda crisis que sufrió el judaísmo cuando emergió una secta judeocristiana que poco tiempo después conquistó espiritualmente a Roma y heredó su poder de represión.<sup>5</sup>

Y en pleno siglo XX, el propio Strauss enfrentó un dilema moral semejante, ya que en su *Guía*, Maimónides suplica a sus lectores más lúcidos que no difundan los secretos que la lectura de su libro les haya permitido conocer. En un instante de duda quizá retórica, Strauss se pregunta angustiosamente si es lícito violentar la voluntad explícita del maestro. Superó este trance razonando que, por motivos anclados en las urgencias históricas de su propio tiempo (la Segunda Guerra Mundial), que él publicara una guía de la *Guía* era tan lícito como lo fuera para Maimónides dar ésta a conocer en el siglo XIII, y cómo lo fuera asentar la Ley Oral por escrito en la era talmúdica.

Recapitemos. La tradición nos dice que la Ley Oral fue un caudaloso secreto a voces. Cuando dejó de serlo, quedaron sin asentar algunos secretos cuya difusión fue explícitamente prohibida por el Talmud, el gran compendio escrito que suplantó a la Ley Oral. Estos secretos se preservaron oralmente hasta que Maimónides quiso asegurarse que ese remanente de la tradición no se perdiese, publicando una *Guía* críptica. Y finalmente en 1941, Strauss nos regaló su guía de la *Guía*, absteniéndose sin embargo de revelar en ella secreto alguno, excepto el de la clave con que la obra de Maimónides debe decodificarse.

Este encadenamiento bastante borgeano de secretos y revelaciones parciales nos deja preguntas inquietantes. ¿Qué misterios son éstos? ¿Se han perdido para siempre o estamos a tiempo de rescatarlos? En tal caso, ¿sería lícito darlos a conocer? Y si lo fuera, ¿contribuirían a una mejor comprensión del predicamento de una humanidad que parece empeñada en hacerse trizas?

### **Una pista en el laberinto**

Puede ser que los evangelistas, los sabios talmúdicos, Maimónides y muchos otros se hayan equivocado, y que las Escrituras no escondan secretos reservados a una élite de iniciados. Pero si en ellas detectáramos una sola confidencia oculta, es porque probablemente exista una legión de tales claves y haya también una multitud de caminos para desentrañar su misterio.

Creemos que más de un perspicaz entrevió mensajes ocultos. Al afirmar esto no nos referimos a la Cabalá u otras manifestaciones de la mística judía, sino que nos anclamos en un racionalismo no menos riguroso que el de Maimónides.<sup>6</sup> Son varios los filósofos que parecen haber dado en la tecla de códigos teológicos encubiertos. En este ejercicio nos apoyaremos en un corto encadenamiento de pensadores que nos conducirá a conclusiones frescas acerca de secretos que pueden ser pertinentes para la interpretación del presente y el futuro del mundo.

El primero que abordaremos es Yeshayahu Leibowitz. Una de las dimensiones más conocidas de su pensamiento es la que trata de la particularidad del judaísmo como una religión cuya observancia está centrada en preceptos que deben cumplirse sólo porque tal es la voluntad de Adonai, expresada en la Torá.

En efecto, Leibowitz enseñó que hay dos tipos de religiosidad, una fundada principalmente en valores y creencias, que se traducen en exigencias para la acción, y otra en imperativos para la acción, cuya observancia trae consigo valores e intenciones. La primera emerge del hombre y sus valores, e intenta satisfacer necesidades humanas de orden espiritual. Está hecha a la medida del hombre y en ella Adonai sirve al hombre, redimiéndolo. En cambio, el segundo tipo de religiosidad parte de Dios, cuyos preceptos imponen obligaciones y hacen del hombre un instrumento para la realización de un fin divino que lo trasciende y que el hombre ni siquiera puede comprender.<sup>7</sup>

Aunque ambos fenómenos pueden encontrarse en todas las religiones, éstas difieren en la medida en que predomine uno u otro. El judaísmo es principalmente una religión teocéntrica articulada por una práctica en que el hombre se sacrifica por Dios, cumpliendo preceptos incomprensibles. Por el contrario, el cristianismo es principalmente una religión antropocéntrica que supone que Dios se sacrifica por el hombre: Dios Padre dispone que su único Hijo se encarne en la tierra de Israel para que sea crucificado tras atroces padecimientos, posibilitando así la redención humana a través de la fe en su sacrificio.<sup>8</sup>

Es verdad que, así como en el cristianismo hay mandamientos, en el judaísmo también está presente la promesa de redención, asociada a una eventual Era Mesiánica. Este es un rasgo antropocéntrico, porque la salvación es en beneficio del hombre. Pero en el aquí-y-ahora, lo central en el judaísmo es el cumplimiento de normas tan incomprensibles como las leyes del kashrut y shejitá, o la misma circuncisión obligatoria. No la fe en un Credo, sino la Ley Mosaica y sus 613 Mitzvot, son los hechos centrales de la vida judía.

Esto que parece tan simple tiene consecuencias teológicas monumentales que comienzan a perfilarse cuando recordamos uno de los más estremecedores sacrificios exigidos por Dios en todos los tiempos: la *akedá* de Abrahán en Monte Moriá. Allí Dios exige al patriarca que demuestre su obediencia, aceptando el mandato de matar a su hijo primogénito sólo porque Él se lo exigía. La situación es simétricamente inversa a la del mito neotestamentario, donde Dios opta por que su propio Hijo muera vilmente en una cruz romana.

Por cierto, en uno de los pasajes más significativos y conocidos del Libro de Génesis, Adonai exige que Abrahán subordine todos los valores humanos para ajustarse a un mandato divino inescrutable. Y éste acata. El patriarca demuestra que está dispuesto a matar a su único hijo sin que medie ninguna razón excepto que Dios se lo pide:

*22:1 Después de estas cosas sucedió que Dios puso a prueba a Abrahán y le dijo:*

*"¡Abrahán, Abrahán!" El respondió: "Heme aquí",*

*22:2 Le dijo: "Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moriá y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga."*

*22:3 Se levantó, pues, Abrahán de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios.*

*22:4 Al tercer día levantó Abrahán los ojos y vio el lugar desde lejos.*

*22:5 Entonces dijo Abrahán a sus mozos: "Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde ustedes".*

*22:6 Tomó Abrahán la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su*

*mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos.*

*22:7 Dijo Isaac a su padre Abrahán: "¡Padre!" Respondió: "¿qué hay, hijo?" — "Aquí está el fuego y la leña, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?"*

*22:8 Dijo Abrahán: "Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío." Y siguieron andando los dos juntos.*

Es sólo cuando Abrahán demuestra estar a la altura de esta prueba de obediencia, que Adonai le instruye que no lleve a cabo la matanza. De no haber mediado esa contraorden, para una moral teocéntrica el homicidio de Isaac no hubiera sido asesinato, porque fue ordenado por Dios. En cambio, el cumplimiento de esa exigencia divina habría sido el más atroz de los crímenes para una moral antropocéntrica.

Como consta, la matanza de hijos por orden divina, sin mediar justificaciones comprensibles para los hombres, está presente no sólo en la Torá compartida por judíos y cristianos, sino también en otro documento judío: el Nuevo Testamento de los seguidores de Jesús.\* El segundo caso es aún más radical, porque ya no es Dios quien ordena a un hombre a matar un hijo primogénito, sino el mismísimo Todopoderoso quien conduce a la muerte a su propio Hijo, que es a la vez hombre y Dios.

Bien dijo mi amiga Beatriz Gurevich, al leer el borrador de este escrito, que la concepción cristiana del Dios compartido resulta en este punto más dura que la judía. En el Pentateuco judeocristiano, Adonai exige que su creatura predilecta mate a su hijo preferido, pero luego da marcha atrás e impide el homicidio. En cambio, en el Nuevo Testamento cristiano, Dios da un nuevo y decisivo paso en la misma dirección filicida, convirtiéndose en el responsable de la muerte de su propio Hijo, quien en el momento más atroz de su suplicio le reprocha humanamente: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

¿Para qué acude Dios a estos extremos? ¿Para redimirnos? ¿No disponía el Omnipotente de otro método para salvar a la humanidad? Parece evidente que sí. ¿No será acaso que con el registro de estos episodios en sendas Escrituras, el Señor quiso enviarnos un mensaje críptico acerca de la primacía de una moral teocéntrica sobre cualquier concepción antropocéntrica del Bien y del Mal?

Quien quiera oír, que oiga... Pero son pocos los que penetran en el significado de estas paradojas, ya que aquí se cumple claramente la profecía de Isaías acerca de la misteriosa auto-preservación de los secretos bíblicos. *'Oír, oiréis, pero no entenderéis; mirar, miraréis, pero no veréis.'*

En lo expuesto está la clave de un secreto trascendente que pocos han descifrado. Entre estos elegidos estuvo Leibowitz, quien comprendió las consecuencias abismales del acertijo. Una lectura de oídos abiertos, tanto de la Torá como del Nuevo Testamento cristiano, revela al susurrador instruido que existe una contradicción esencial entre religión y moral humana. A Dios se le debe servir simplemente para cumplir Sus mandatos. A partir de la *akedá*, ni el patriarca ni nosotros podemos ubicar a la humanidad en el centro de las cosas. Dios deja de ser concebido como un "funcionario" que provee nuestras necesidades. ¡Ni siquiera es una brújula moral!

---

\* Los Apóstoles de Jesús de Nazaret fueron judíos de Galilea. Como era común entonces, algunos portaban nombres griegos además del hebreo. Mateo y Lucas dan testimonio de que Jesús afirmó que su misión estaba dirigida únicamente a la casa de Israel. Sólo después de la muerte de Jesús, el también judío Pablo (Saulo) de Tarso (San Pablo) decidió incluir a gentiles incircuncisos en la evangelización. Los Evangelios son por lo tanto documentos judíos no canónicos. Véase M. Saban, *El Judaísmo de Jesús*, Buenos Aires: Editorial Saban, 2008.

Así, la fe “deja de estar definida por concepciones morales humanas.” Si va a estar dispuesto a sacrificar a su hijo sólo porque Dios se lo exige, el creyente *en cuanto tal* no puede ser un actor moral.\* Más aún, desde la perspectiva del judaísmo “el hombre como tal no tiene valor intrínseco. Es una ‘imagen de Dios’”, y sólo por eso posee una significación especial.<sup>9</sup> Por cierto, como escribiera el maestro Letón, judaísmo y humanismo son términos contradictorios:

“La fe de Abrahán toma forma en el sacrificio. En la conciencia religiosa e histórica del pueblo judío, el sacrificio ha sido el máximo símbolo de la fe (...) aún cuando requirió la renuncia de todos los valores humanos. (...) ¿Y qué es el sacrificio? Aquí Dios aparece frente al hombre no como quien actúa para el interés del individuo, sino como divinidad que lo exige todo. (...) La prueba a que se vio enfrentado Abrahán no sólo implicó la renuncia a emociones humanas naturales, sino también a valores humanos colectivos; no sólo a su relación paternal con el hijo de su vejez, su único hijo, sino también a las promesas del pacto relacionadas con Isaac (y su descendencia).”<sup>10</sup>

Estas afirmaciones contundentes de Leibowitz convergen con el legado de Martin Buber, quien apenas susurra lo que el primero exclama:

“En contraste con la concepción iránica y sus múltiples ramificaciones, la concepción judaica es que los acontecimientos mundanos no se dan entre dos principios como luz y tinieblas o bien y mal, sino entre Dios y el hombre, ese ser mortal y frágil que es capaz, sin embargo, de enfrentar al Señor y resistir su palabra. El así llamado ‘mal’ resulta entonces elemental y plenamente incluido en el poder de Dios, que ‘forma la luz y crea las tinieblas’”<sup>11</sup>

En otras palabras, y avanzando un poco más en la decodificación del enigma, el hombre nada sabe sobre el Bien y el Mal, a no ser que éstos se definan exclusivamente en términos de lo que Adonai ordena y prohíbe.

### **Interludio metodológico**

De la mano de Leibowitz hemos tropezado con un escalofriante secreto encriptado en la Torá. Eva y Adán comieron del fruto, pero eso no nos sirvió de nada. Platón se equivocó en grande cuando sugirió que el hombre puede independizarse de la tutela de los dioses para saber qué está bien y qué está mal. Los escolásticos católicos, que supusieron que aún sin la ayuda divina es posible distinguir entre estos dos principios, no repararon en las monumentales consecuencias teológicas de la *akedá* de Abrahán. El pensamiento de la Ilustración equivocó el rumbo en medida no menor. El mero concepto de derecho natural es el producto de una soberbia que desconoce a Dios. La abominable *sharía* de los musulmanes está más cerca de la Torá que la moral y el derecho antropocéntricos de Occidente. La única aproximación posible a la cuestión del Bien y el Mal parte de una lectura atenta del Pentateuco.

Porque desafía lo que el sentido común nos dice acerca de lo moral a la vez que se enfrenta con nuestras sensibilidades humanas, éste es el más grande secreto de todos los tiempos. Aunque lo descubrimos a partir de una exégesis de la Palabra Revelada, la mayor parte de los biempensantes occidentales, aún los que se consideran religiosos, lo rechazarán, y ése es uno de los motivos por los que permanecerá oculto. El secreto auténtico y profundo tiende a su auto-preservación.

---

\* Esto no quiere decir que un ciudadano que por añadidura es creyente no pueda ser un actor moral, *en cuanto ciudadano*. Tal fue, reconocidamente, el caso de Leibowitz. Pero la fe nada tiene que ver con la moral humana, y ésta nada tiene que ver con el cumplimiento de Mitzvot.

Pero nuestro secreto es ubicuo y su presencia reverbera en diversos ámbitos del quehacer humano. Esto lo hace un poco más accesible. Que el hombre nada sabe del Bien y del Mal es algo que no sólo se desprende de la Torá sino que se corrobora a través de una paradoja encriptada ya no en el Libro sino en nuestro devenir, y que parece en sí misma un segundo mensaje de Dios al hombre. El mayor secreto de todos los tiempos parece codificarse simultáneamente en la Torá y en la Historia, como si se tratase de dos Revelaciones entrelazadas.

Dedicaré el resto de este ensayo a rastrear mi recorrido hasta llegar al descubrimiento de esta bizarra paradoja. Para proceder, primero nos detendremos en la cuestión de qué es lo que Dios nos exige según la Torá, prestando especial atención a los preceptos vinculados a las relaciones entre naciones. Después evaluaremos la vigencia de estos preceptos en la actual etapa de la civilización occidental. Finalmente, llegaremos a nuestra paradoja, y con ella enlazaremos el secreto codificado en la Torá con su imagen especular encriptada en la Historia.

### **Las 613 Mitzvot y los secretos del mundo**

¿Qué es, entonces, lo que Dios manda y proscribe según los cinco libros transmitidos por Dios a Moisés, punto de partida obligatorio para quienes abrevan sin ambigüedades en las tradiciones judeocristianas? Para responder basta con tomar nota de los preceptos inscritos en el Pentateuco, que según la Ley Oral judía suman seiscientos trece. Por cierto, el Talmud cuenta en Makkoth 23(b) y 24(a) que:

“Rabí Simlai dijo al predicar: 613 preceptos fueron comunicados a Moisés. Trescientos sesenta y cinco son negativos, correspondiéndose con los días del año solar, y doscientos cuarenta y ocho son positivos, equivalentes al número de miembros del cuerpo de un hombre”.

Y en Talmud Yebamot 47b, en una discusión sobre la conversión de prosélitos, Rabí Eleazar exclama: “¡Nos han encomendado 613 mandamientos!”, a lo que el prosélito se supone que contesta, como Rut: “Tu pueblo será mi pueblo”, ratificando así su decisión de ser judío y aceptar la carga inherente a tal condición.

Más aún, acompañando estas sentencias talmúdicas, varios Midrashim ratifican el número de Mitzvot. Bamidbar Rabba 13:16, por ejemplo, explica que entre “Yo soy el Señor” de Éxodo 20:2 y “quienquiera que sea tu vecino” de Ex. 20:14, median 620 letras hebreas, que son paralelas a los 613 preceptos más otras siete letras. Éstas representan los siete días de la creación, “enseñando que el mundo existe sólo para el cumplimiento de la Torá”. Así, esta homilía no sólo confirma el número de preceptos del Pentateuco, sino que reafirma el carácter teocéntrico de la fe judía.\*

Sin embargo, aunque el Talmud aporta esta cifra precisa, no identifica los preceptos contabilizados por sus sabios. Esa tarea quedó a cargo de pensadores post-talmúdicos. El primero en hacerlo fue Rabí Saadia Gaón. Su lista fue seguida por la de Maimónides, la más influyente de todas, que a su vez fue corregida parcialmente por Najmánides. Posteriormente

---

\* En los Midrashim hay numerosas referencias a los 613 preceptos. En Bamidbar Rabba 18:21 se hace una segunda mención. El número también se menciona, entre otros casos, en Midrash Shemot Rabba 33:7, Tanhuma Korah 12, Pirkei de-Rabbi Eliezer 41, Shir Hashirim Rabba 1:13 y Yalkut Shimoni Berakhah 952. Aunque en el tratado talmúdico Makkoth la idea de que la Torá contiene 613 preceptos es atribuida a Rabí Simlai, en las Midrashim el número también se pone en boca de los rabíes Simeon ben Azzai (Sifre a Deuteronomio 76) y Eleazar ben Yose el Galileo (Midrash Agadá a Génesis 15:1).



hubo varias otras nóminas, entre ellas las de los rabíes Moisés ben Jacob de Coucy, Isaac de Corbeil y Eliezer de Metz.

Estos catálogos nos aproximan al conocimiento sobre el Bien y el Mal, entendidos en sentido teocéntrico. En verdad, aunque los sabios talmúdicos advierten en Jaguigá que los secretos del mundo han de esconderse bajo las ropas, un examen del listado de Mitzvot puede contribuir a la intuición de tales enigmas.

Para comenzar a andar ese camino debemos ordenarlos. La clasificación más elemental es la atribuida a Rabí Simlai, con sus preceptos positivos y negativos. Maimónides avanzó ordenando las Mitzvot en términos de su objeto. Aunque su clasificación no es rigurosa y hay temas entremezclados, su lista está encabezada por obligaciones hacia Dios en cuanto Dios (el primero, “saber que hay un Dios”, derivado de Ex. 20:2). Luego siguen preceptos que norman nuestra conducta, tanto frente a otros hombres (por ejemplo el decimotercero, “amar a otros judíos”, derivado de Lev. 19:18),\* como hacia nosotros mismos (por caso el nº 72, “no tatuar la piel”, derivado de Lev. 19:28). Después vienen normas para santificar la vida, vinculadas a la observancia del Shabat y las festividades. Luego sigue una lista de prohibiciones sexuales y disposiciones relativas al matrimonio. Después vienen las normativas de la ley alimentaria, y luego diversas reglas pertinentes a la vida cotidiana, los negocios, la conducta de los sacerdotes, los sacrificios del Templo y la justicia.

Es recién a partir del precepto Nº 596, cerca del final de su listado, que Maimónides incursiona en el terreno de lo que, extemporáneamente, podemos llamar “política internacional”. Y es aquí donde nos acercamos al ámbito de “los secretos del mundo”, ya que para el hombre el mundo es el planeta. De todas las dimensiones de la interacción humana, la política mundial es la que guarda una relación más unívoca con el mundo y sus secretos.

¿Cuáles son los preceptos relativos a la política entre naciones? Los principales en la nómina de Maimónides son:

*596 – Destruir las naciones cananitas (Deut. 20:17)*

*597 – No permitir que ninguno de ellos permanezca con vida (Deut. 20:16)*

*598 – Eliminar los descendientes de Amalek (Deut. 25:19)*

*599 – Recordar lo que Amalek le hizo al pueblo judío (Deut. 25:17)*

*600 – No olvidar las atrocidades de Amalek, ni la emboscada en nuestra travesía de Egipto al desierto (Deut. 25:19)*

*601 – No morar permanentemente en Egipto (Deut. 17:16)*

---

\* Lev. 19:18 dice “No te vengarás, ni albergarás resentimientos contra los hijos de tu pueblo, pero amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.” Maimónides interpreta correctamente que el prójimo es el próximo, y por eso, para que lo entiendan todos, traduce su precepto nº 13 como “amar a otros judíos”. Similarmente, su precepto nº 14 dice “amar a los conversos”, y se deriva de Deut. 10:19. Este versículo dice: “Ama por tanto al extraño, porque vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto”. El maestro andaluz interpreta que el extraño debe ser amado en tanto se convierte al judaísmo y se aproxima a ser un prójimo. Estas interpretaciones tienen origen talmúdico. Para que le quede claro al lector, véase el caso del precepto nº 195, que dice “no comer carne cocida con leche”. Se deriva de Ex. 23:19, que dice: “no hervirás el cabrito en la leche de su madre”. Maimónides adaptó los preceptos que él seleccionó y enumeró a las ordenanzas de la Ley Oral.

*602 – Ofrecer la paz a los habitantes de una ciudad mientras se la sitia, y tratarlos según ordena la Torá si aceptan los términos (Deut. 20:10)*

*603 – No ofrecer la paz a Amón ni a Moab mientras se las sitia (Deut. 23:7)*

Aparte de éstos, hay otros preceptos vinculados a la política entre naciones en segmentos anteriores del catálogo, ubicados allí porque también son relevantes desde una perspectiva estrictamente religiosa. Por ejemplo:

*58 – No permitir que (los idólatras) moren en la tierra de Israel (Ex. 23:33)\**

Más allá de esta selección, hay otras dos Mitzvot particularmente importantes para nuestra exégesis:

*580 – No agregar mandamientos a la Torá ni a sus explicaciones orales (Deut. 13:1)*

*581 – No quitar de la Torá mandamiento alguno, ni entero ni en parte (Deut. 13:1)*

En otras palabras: esto es serio. Los preceptos no expiran. Si somos judíos y adherimos a una fe teocéntrica, el hecho de que una Mitzvá hiera nuestra sensibilidad antropocéntrica no debe dar lugar a su exclusión. No debemos caer en el autoengaño de idólatras que siguen a otros dioses, subordinando los mandatos de Adonai a premisas extra-bíblicas como las del humanismo.

Ahora bien, ¿cuáles de estos preceptos podrían ser aplicados en el día de hoy, cuando ya no hay cananitas, ni están en pie Amón ni Moab? Claramente, los siguientes:

*602 – Ofrecer la paz a los habitantes de una ciudad mientras se la sitia, y tratarlos según ordena la Torá si aceptan los términos (Deut. 20:10) y*

*58 – No permitir que (los idólatras) moren en la tierra de Israel (Ex. 23:33).*

Si no cumplimos con estos preceptos, transgredimos el mandato divino. Y las consecuencias de esa transgresión están escritas en la misma Torá. En verdad, allí se nos advierte que si no arrojamos al infiel de nuestra heredad:

*(...) Los que dejéis serán para vosotros como espinas en vuestros ojos y agujijones en vuestros costados y os oprimirán en el país que vais a habitar. Y yo os trataré a vosotros en la forma en que había pensado tratarles a ellos. (Num. 33:55-56).<sup>†</sup>*

---

\* No incluyo aquí el precepto 33, “Incendiar una ciudad que se ha entregado a la idolatría” porque su contexto en Deuteronomio no refiere a las relaciones entre naciones sino a ciudades de la propia fe, que se pervirtieron. Quien cumplió a rajatabla con este precepto, mientras tuvo poder terrenal, fue la Iglesia Católica Romana frente a sus propios herejes.

† Como ilustración de que, en estos versículos, Adonai no habla en términos figurativos sino muy literales (tal como lo entendieron Maimónides y otros sabios autorizados que confeccionaron catálogos de Mitzvot), recordemos también lo que nos dice la Torá sobre la orden del Señor de atacar a los madianitas. El pueblo se había tomado la atribución de acotar la matanza a los varones, salvando a mujeres y niños, pero alivianando el mandato divino de eliminarlos a todos. Este acto de piedad enfureció a Moisés: “31:14 Moisés se encolerizó contra los jefes de las tropas, jefes de millar y jefes de cien, que volvían de la expedición guerrera. 31:15 Les dijo: ‘¿Pero habéis dejado con vida a todas las mujeres? 31:16 Fueron ellas las que, por instigación de Balaam, indujeron a los israelitas a prevaricar contra Adonai en el incidente de Peor, y por eso la comunidad de Adonai fue azotada por la plaga. 31:17 Por lo tanto, matad a todos los niños varones. Y a toda mujer que haya conocido varón, que haya

No obstante, lejos de conducirlos por la senda de cumplir con los preceptos, la lectura de estas Mitzvot horroriza moralmente a la mayor parte de los judíos del siglo XXI. Y es que, para una mentalidad antropocéntrica, son horribles.

Verificar este horror, a su vez, nos permite percatarnos de cuán lejos de la Torá están casi todos los judíos de nuestro tiempo. No son judíos. No adoran a Dios sino al hombre. Como los cristianos, son idólatras sin saberlo. Y como veremos, es este desconocimiento de su propia identidad religiosa lo que genera la contradicción reveladora que nos permitirá vislumbrar un reflejo de la Torá en las interacciones entre los hombres. Pero para llegar a ese punto, que es el objetivo de este escrito, antes debemos profundizar más en las Mitzvot, para percibir aún más crudamente la diferencia entre moral teocéntrica y antropocéntrica.

### **El abandono occidental de los preceptos de la Torá**

Cuando buceamos en la fuente deuteronomica del precepto que lleva el número 602 en el orden de Maimónides, comprendemos ese mandato divino en toda su extensión. Ordena la Torá:

*20:10 Cuando te acerques a una ciudad para atacarla, primero le ofrecerás la paz.*

*20:11 Si ella la acepta y te abre sus puertas, toda la población te pagará tributo y te servirá.*

*20:12 Pero si rehúsa el ofrecimiento de paz y te opone resistencia, deberás sitiaria.*

*20:13 Adonai, tu Dios, la entregará en tus manos, y pasarás al filo de la espada a todos sus varones.*

*20:14 En cuanto a las mujeres, los niños, el ganado y cualquier otra cosa que haya en la ciudad, podrás retenerlos como botín, y disfrutar de los despojos de los enemigos que Adonai, tu Dios, te entrega.*

*20:15 Así tratarás a todas las ciudades que estén muy alejadas de ti y que no pertenezcan a las naciones vecinas.*

*20:16 Pero en las ciudades de esos pueblos que Adonai tu Dios te da como herencia, no dejarás nada con vida.*

Esta es la ley de Dios, tal como emerge del Pentateuco judeocristiano, la Ley Oral judía y las enseñanzas de los principales sabios post-talmúdicos. Y nada hay más opuesto al mandato divino que la moral antropocéntrica que comenzó a dominar la política internacional de Occidente, Israel incluida, después de la Segunda Guerra Mundial.

Más allá de las retóricas hipócritas, hasta ese momento las grandes potencias del mundo occidental cumplieron con el mandato deuteronomico en los conflictos de mayor envergadura. Pero a partir de las bombas atómicas descargadas sobre Japón, Occidente se apartó de su moral teocéntrica, abandonó a Dios, y optó por definir el Bien y el Mal en términos humanistas. Olvidó las enseñanzas que emanan de la *akedá* de Abrahán. Desestimó una sabiduría acumulada durante milenios, que indica que a pesar de haber comido de la fruta del árbol del conocimiento del Bien y del Mal, el hombre nada sabe sobre estos principios excepto en términos de lo que Dios nos ordena y nos prohíbe.

Occidente quiso matar a Dios y reemplazarlo, convirtiendo al hombre en el origen de su concepción sobre lo que está bien y lo que está mal. En la filosofía ya lo venía desplazando desde los tiempos de la Grecia clásica: eso no era novedad. Lo nuevo a partir de 1945 fue que la moral antropocéntrica, hasta entonces sin incidencia en las acciones militares más importantes, comenzó a encorsetar a las potencias. Y desde entonces nuestra civilización

---

*dormido con varón, matadla también. 31:18 Pero dejad con vida para vosotros a todas las muchachas que no hayan dormido con varón.” (Números)*

comenzó a perder sus guerras y contiendas político-culturales, frente a enemigos que se ríen del humanismo occidental mientras con entusiasmo obedecen las consignas teocéntricas y belicosas de sus propias Escrituras. Desde su arrogancia idolátrica, Occidente está a punto de perderlo todo.

El mejor testimonio de que, hasta 1945, Occidente obedeció las consignas deuteronomías, no es el muy trillado de Hiroshima y Nagasaki, sino los menos conocidos bombardeos de ciudades como Hamburgo y Dresden. Son casos ejemplares de cumplimiento sin ambages del precepto Nº 33 de la nómina de Maimónides: “Incendiar una ciudad que se ha entregado a la idolatría”.

Lo de Dresden fue en tres etapas. La primera se sitúa entre el 13 y el 15 de febrero de 1945, después de la Conferencia de Yalta, cuando en la práctica la guerra ya estaba ganada. Posteriormente, en marzo y abril, fue bombardeada otras dos veces, arrasada con bombas incendiarias que enviaron un mensaje elocuente a la población civil, de modo que posteriormente ningún alemán osara atacar a las fuerzas de ocupación.

La metodología fue de una depurada sofisticación. Primero se lanzaron grandes cantidades de bombas de alta capacidad explosiva que arrancaron los techos de las casas, poniendo al descubierto las maderas, fácilmente inflamables. Luego vinieron las bombas incendiarias, junto con otras altamente explosivas que frustraban todo intento de apagar los incendios. Cuando el fuego hubo cubierto una gran superficie urbana, se desató una tormenta de fuego auto-sustentada, con picos de temperatura superiores a los mil quinientos grados. El aire caliente de la superficie, más liviano, se disparaba hacia arriba, siendo reemplazado abajo por vendavales de aire menos caliente. Así se generó un infernal ventarrón huracanado que chupaba a la gente y la lanzaba al fuego.\*

Fue un portento bíblico. El relato nos remite directamente a la Torá y sus 613 Mitzvot. ¿Qué castigo más apropiado para un despotismo cuya mismísima razón de ser era la eliminación de pueblos enteros? Sí, es verdad: se usaron medios genocidas para derrotar la estrategia genocida de los ídólatras nazis. Al obrar así se cumplió con la voluntad de Adonai.

Sin embargo, los hechos sólo se difundieron al gran público décadas más tarde, porque la verdad era inaceptable para una cultura occidental ya permeada por una concepción antropocéntrica de la moral. Aunque la Torá estaba al alcance de todos, casi nadie dedujo que la nueva moral, que prohibía esas tácticas bélicas, era contraria al mandato de Dios. Lentamente y de manera imperfecta, en Occidente la concepción antropocéntrica comenzó a predominar en cuestiones de guerra y paz.

Muy pocos susurradores instruidos entendieron lo que eso implicaba. Ni lo entienden hoy. La *akedá* de Abrahán, que es la clave a través de la cual pensadores como Leibowitz y Buber captaron verdades secretísimas, es una antigualla en la que casi nadie repara ni quiere reparar. Son cosas que permanecen ocultas, en parte porque la gente común, incluso la “cultura”, no quiere conocerlas. El secreto bíblico espanta a la gente. Y este mecanismo de auto-preservación del secreto seguramente converge con la voluntad divina de mantenerlo reservado, un imperativo proclamado incluso en los Evangelios cristianos. Por eso Rabí Ami se

---

\* Similar e incluso superior en proporciones, aunque muy anterior, fue el bombardeo de Hamburgo, llevado a cabo el 27 de julio de 1943 por la *Royal Air Force* con el apoyo de la aviación del Tercer Ejército de los Estados Unidos. Hubo muchos otros. Además, antes del siempre recordado bombardeo atómico, en Japón se lanzaron bombas incendiarias sobre una treintena de ciudades. Sobre estos temas véase W.G. Sebald, *On the Natural History of Destruction*, New York: Random House, 2003; Hermann Knell, *To Destroy a City: Strategic Bombing and Its Human Consequences in World War II*, Nueva York: Da Capo, 2003, y Hans Eric Nossack, *The End: Hamburg 1943*, Chicago: University of Chicago Press, 2007.

expresó con tanta fuerza en el Talmud, cuando dijo que los secretos de la Ley sólo deben impartirse a personas excepcionales (Hag. 13a).

### **El secreto de secretos**

Al adoptar una moral antropocéntrica, judíos y cristianos traicionaron su sacratísima Torá a la vez que condenaron al ocaso y la derrota a su propia civilización. Por no tratar a nuestros enemigos como Él manda, Dios nos abandonó, tal como Él mismo nos advirtiera en Num. 33:56: *“Y yo os trataré a vosotros en la forma en que había pensado tratarles a ellos.”*

Así llegamos, finalmente, al punto de nuestro relato en que el secreto bíblico desencriptado por Leibowitz se entrelaza con secretos decodificables a partir de asombrosas contradicciones de la vida política occidental. No sólo se está muy lejos de comprender el predicamento de Occidente e Israel, que al inclinarse ante el humanismo perdieron su capacidad de autodefensa frente al embate cultural, demográfico y terrorista del extremismo islámico. También se sigue ignorando la contradicción entre moral teocéntrica y antropocéntrica.

A tal punto se desconoce su oposición... ¡que reyes, presidentes, primeros ministros, legisladores y jueces ponen la mano sobre el Libro, jurando hacer respetar leyes humanas que violentan los preceptos de ese mismo Libro!

Lo dicho se ilustra elocuentemente con el siguiente ejemplo. En Deut. 20:17, Dios manda:

*20:17 Consagrarás al exterminio total a los hititas, a los amorreos, a los cananeos, a los perizitas, a los jivitas y a los jebuseos, como te ha mandado Adonai tu Dios.*

Pero la Biblia que contiene este precepto (abreviado en la Mitzvot N° 596 del orden de Maimónides) se usa para jurar la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, cuyo Artículo II dice:

*Se entiende por genocidio a cualquiera de los siguientes actos, si fueran perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso: a) Matanza de miembros del grupo..., (etcétera).*

A esta definición, el Artículo III agrega que serán castigados: a) el genocidio; b) la asociación para cometer genocidio; c) la instigación directa y pública a cometer genocidio; d) la tentativa de genocidio, y e) la complicidad en el genocidio.

Es decir que, según este tratado internacional y las leyes que se sancionaron para darle cumplimiento, la Biblia judeocristiana debería ser proscrita y sus editores, castigados, porque instiga a la matanza de grupos étnicos enteros. Sin embargo, no solamente no se secuestran sus ejemplares sino que éste es el Libro que se suele usar para jurar hacer cumplir leyes que, en teoría, lo proscriben.

En realidad, a quienes suscriben una moral antropocéntrica debería repugnarles poner la mano sobre un Libro que instiga al genocidio para jurar leyes que condenan ese crimen que suponen abominable. Niegan con la mano lo que sale de sus labios, casi como un niño que cruza los dedos al momento de prometer algo a sus padres, consciente de que no va a cumplir. Pero a diferencia del sabio niño que lo hace adrede, jellos no se dan cuenta! Casi nadie se percata de la paradoja. Así se cumple la profecía de Isaías. *‘Oír, oiréis, pero no entenderéis; mirar, miraréis, pero no veréis.*

La contradicción entre la pasional adhesión a estas leyes y la veneración que se le sigue dispensando a la Biblia es asombrosa, especialmente porque se produce en el seno de la más racionalista civilización que haya engendrado la historia humana. Como paradoja, es en sí

misma una suerte de Revelación que demuestra lo que intuyeron muchos sabios talmúdicos y post-talmúdicos: sólo si no se conoce la diferencia entre Bien y Mal puede ponerse la mano sobre un Libro de tales características, para jurar leyes con semejante contenido. ¡Una cosa o la otra, pero no las dos!

En verdad, las leyes contra el genocidio representan al humanismo. La mano sobre la Biblia simboliza la fe en la Palabra que allí se registra. Pero la combinación de ambas representa, matemáticamente, el desconcierto moral.

Aquí, la Revelación de la Historia se entrelaza con la del *akedá* de Abrahán. La Revelación de la Palabra, hábilmente decodificada por Leibowitz, también demuestra que el hombre nada sabe acerca del Bien y el Mal, a no ser que Dios se lo dicte y el hombre obedezca. Que Adán y Eva hayan comido del recordado fruto sirvió sólo para que fueran expulsados del Edén. No fueron más sabios por ello.

Y esta confluencia entre Revelaciones confirma el secreto de secretos.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Véase *A Translation of the Treatise Chagigah From the Babylonian Talmud*, by the Rev. A. W. Streane, MA, Cambridge University Press, 1891, p. 68.

<sup>2</sup> El gnosticismo y la cuestión de la Divina Carroza inspiró una obra importante aunque cuestionada de Gershom Scholem, *Jewish Gnosticism, Merkabah Mysticism, and the Talmudic Tradition*, Nueva York: Jewish Theological Seminary of America, 1960. En torno del gnosticismo judío véase también E.M. Yamauchi, *Pre-Christian Gnosticism*, Londres: Tyndale Press, 1973; A.F. Segal, *Two Powers in Heaven: Early Rabbinic Reports about Christianity and Gnosticism*, Leiden: E.J. Brill, 1977; George W. MacRae, S.J., "The Jewish Background of the Gnostic Sophia Myth", *Novum Testamentum* Vol. XII.(2), abril de 1970, y Birger Albert Pearson, *Gnosticism, Judaism, and Egyptian Christianity*, Minneapolis: Fortress Press, 1990.

<sup>3</sup> También en *Sefer Hamadá* (Libro de la Ciencia y el Conocimiento), Maimónides deja claramente sentada la prohibición de divulgar los secretos bíblicos. Véase el Capítulo 2, Acápite 12 de "Sobre los principios del judaísmo" (*Hijlot Yesodé HaTorá*), que es la primera parte de dicho tratado. Éste a su vez es el primer libro del *Mishné Torá*, publicado en castellano como *Maimónides – Obras Filosóficas y Morales*, Barcelona: Ediciones Obelisco, 2006, p. 35.

<sup>4</sup> Leo Strauss, "The literary character of the *Guide for the Perplexed*", en Salo W. Baron (comp.), *Essays on Maimonides: An Octocentennial Volume*, Nueva York: Columbia University Press, 1941, p. 47.

<sup>5</sup> Sobre este tema, una contribución útil es "The Formation of Rabbinic Judaism: The Crisis Addressed by the Talmuds and the Midrash", capítulo 8 de Jacob Neusner, *An Introduction to Judaism*, Louisville KY: Westminster/John Knox Press, 1991. Véase también, del mismo autor, *Judaism When Christianity Began*, Westminster/John Knox Press, 1992.

<sup>6</sup> Un importante estudio reciente del esoterismo en la tradición judía es el de Moshe Halbertal, *Concealment and Revelation: Esoterism in Jewish Thought and its Philosophical Implications*, Princeton: Princeton University Press, 2007. Halbertal sostiene que las tres principales ramas del esoterismo judío, cabalá, filosofía y astrología, se desarrollaron en los siglos 12 y 13. Según el autor, los secretos más ocultos de estas ramas del pensamiento son los que resultan más ajenos a la tradición judía: es el riesgo de herejía lo que impone la discreción. Más aún: algunos secretos de la *Guía* serían teológicamente peligrosos aún en el día de hoy.

<sup>7</sup> Yeshayahu Leibowitz, *Judaism, Human Values and the Jewish State*, Cambridge: Harvard University Press, 1992, pp. 13-14.

<sup>8</sup> *Ibid.*, *loc.cit.*

<sup>9</sup> Y. Leibowitz, 1992, p. 90.

<sup>10</sup> Y. Leibowitz, *La Crisis Como Esencia de la Experiencia Religiosa*, México: Taurus, 2000, pp. 13-14 y 33; y "Abrahán y Job" (en hebreo), en Y. Leibowitz, *Yahadut, Am Yehudi, u'Midinat Yisrael*, Jerusalén: Schoeken, 1975, pp. 391-4.

<sup>11</sup> M. Buber, *op.cit.*, p. 15. La cita bíblica es de Isaías 45:7.